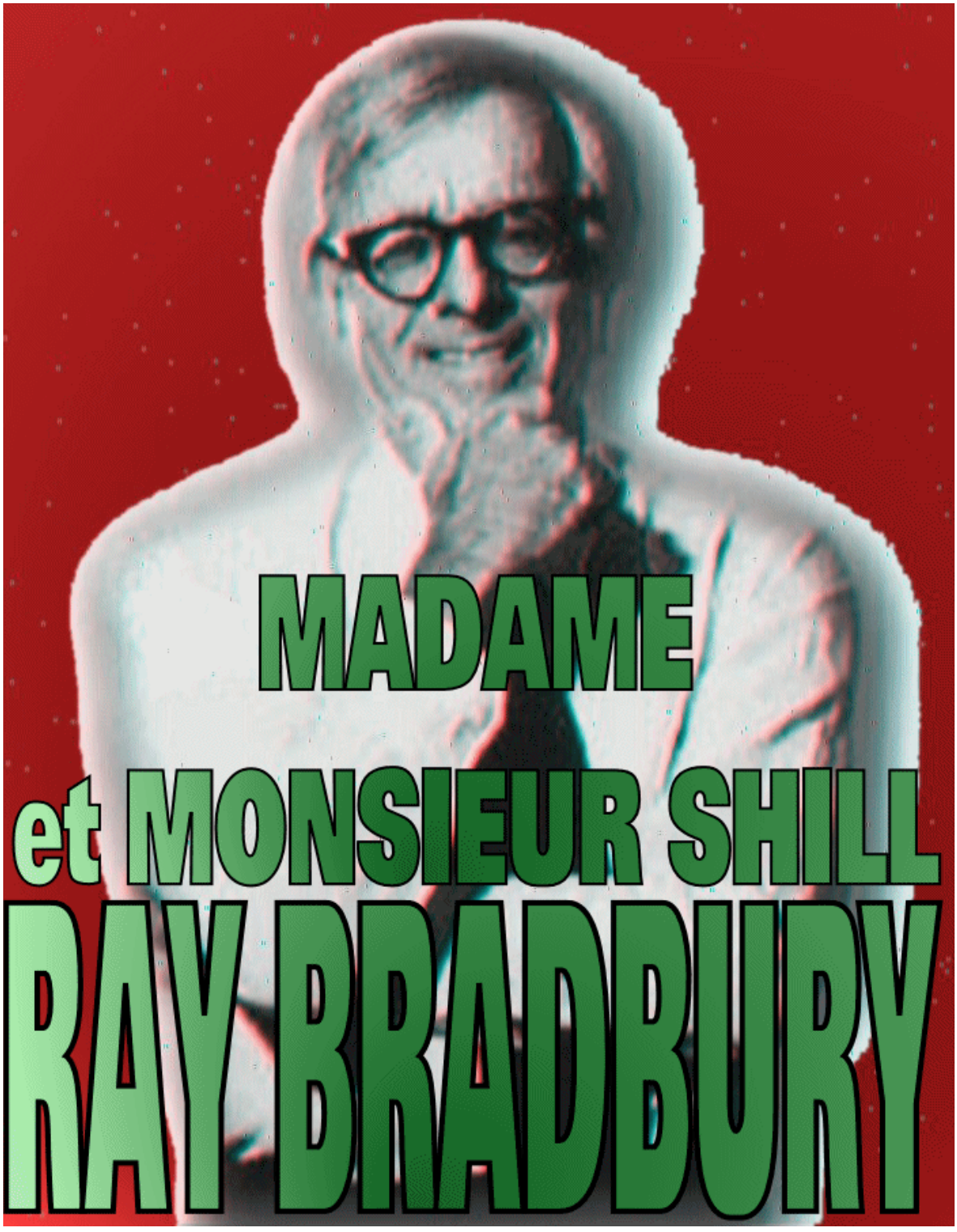
MADAME et MONSIEUR SHILL
RAY BRADBURY




LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

FUE CUANDO ENTRECERRÓ LOS OJOS PARA VER EL MENÚ ADHERIDO al marco de plata del siglo XIX, en la pared exterior del restaurante Fondue, que Andre Hall sintió un ligero roce en su codo.

-Señor -dijo una voz de hombre-, parece que tiene hambre.

Andre giró con una actitud de visible irritación.

-¿Qué le hace pensar...? -comenzó, pero el hombre lo interrumpió con amabilidad:

-El modo en que se inclinaba para leer el menú. Soy Monsieur Sault, el dueño de este restaurante. Conozco bien esos síntomas.

-¡Ah! ¿Fue por eso que salió?

-Sí. -Monsieur Sault examinó el abrigo de Andre, los puños gastados, las solapas que revelaban demasiadas limpiezas y dijo:

-¿Tiene hambre?

-¿Puedo cantar para ganarme la cena?

-No, no. *Regardez* la ventana.

Andre giró y quedó boquiabierto: un flechazo le atravesó el corazón.

Porque junto a la ventana estaba sentada la joven más bella que hubiese visto jamás. Se hallaba inclinada a punto de llevarse una cucharada de sopa a su deliciosa boca. Inclinada, como si estuviese orando, la joven no parecía reparar en que observaban su perfil, sus tiernas mejillas, sus ojos violáceos, sus orejas como delicadas ostras de mar.

Andre nunca había apetecido tanto a una mujer, pero ahora una sensación de urgencia lo asfixiaba.

-Lo único que tiene que hacer -musitó el dueño- es sentarse junto a aquella ventana con esa criatura tan encantadora y comer y beber durante una hora. Y volver otra noche para cenar con ese mismo panorama de ensueño ante usted.

-¿Por qué? -preguntó Andre.

*-Regardez.* -El anciano hizo girar a Andre para que pudiera verse en el reflejo de la ventana. -¿Qué ve?

-Un estudiante de arte muerto de hambre. Me veo a mí mismo y... bastante apuesto, ¿no?

-Muy bien. Entonces, ¡entre!

El joven atravesó la puerta y se sentó a la mesa mientras la joven y bella mujer se reía.

-¿Qué... qué es lo que tiene tanta gracia? -preguntó Andre, mientras le servían champaña.

-Tú -sonrió aquella beldad-. ¿No te explicó por qué estamos aquí? Mira, allí está nuestro público.

La muchacha señaló con la copa de champaña la ventana, donde se concentraba la gente.

-¿Quiénes son? -preguntó casi protestando-. ¿Y qué están mirando?

-A nosotros, los actores. -Ella bebió su champaña.

-A la gente linda. Mis ojos, mi nariz, mi boca delicada y a ti, tus ojos, tu nariz, tu boca, tu belleza. ¡Bebe!

La sombra del dueño del restaurante se interpuso entre ellos.

-¿Conocen las representaciones de los magos en las que un voluntario que en realidad es el asistente finge inocencia para ayudar al hechicero sin que nadie lo advierta? ¿Cómo se llaman esos asistentes en inglés? *Shill,* que significa "señuelos". De modo que, sentados con el vino adecuado y el público detrás de la ventana, en este preciso instante los nombro...

Hizo una pausa.-Madame *et* Monsieur... Shill.

De hecho, cuando la encantadora criatura sentada frente a Andre levantó su copa en aquella hora crepuscular, los transeúntes se detuvieron para deleitarse con aquella increíble belleza y aquel hombre igualmente apuesto.

Entre murmullos y sombras, las parejas, atraídas por algo más que el menú, ocuparon las mesas; se encendieron más velas y se vertió más champaña mientras Andre y su amada

compañera, fascinados con el rostro inmortal del otro, devoraban su cena sin mirarla.

Así sucedió hasta que se llevaron los últimos platos, se saboreó el último sorbo de vino y se apagaron las últimas velas. Ellos permanecieron sentados, contemplándose uno al otro, hasta que el dueño, en las sombras, levantó las manos y...

Aplaudió.

-Hasta mañana -dijo-. *Encore?*

*Encore y* otra y otra noche más llegaron y partieron, siempre en silencio, para templar la atmósfera del restaurante. Los comensales dejaban atrás el frío invernal del exterior para acercarse al calor estival de los leños que la calidez de ella avivaba en él.

Fue en la decimosexta noche cuando Andre sintió que un fantasma ventrílocuo le movía los labios desde el interior de su garganta.

-Te amo.

-¡No digas eso! -respondió ella-. ¡Nos están mirando!

-Nos miran desde hace varias semanas. Y ven a dos amantes.

-¿Amantes? No, de ninguna manera.

-¡Sí! Ven a mi casa o déjame ir a la tuya.

-¡Eso lo arruinaría todo! Así es perfecto.

-Estar contigo lo haría aún más perfecto.

-¡Siéntate! Mira a toda esa gente a la que hacemos feliz. Piensa en Monsieur Sault, a quien le aseguramos el futuro.

Piensa... antes de entrar aquí el mes pasado, ¿qué planes tenías para el año que viene? Bebe el vino, dicen que es excelente.

-¿Sólo porque lo dicen?

-Ten cuidado. La gente puede leernos los labios y marcharse. Dame tu mano. Con suavidad. Come y sonríe. Asiente con la cabeza. Así está bien. ¿Estás mejor?

-Te amo.

-¡Basta! Si no, me marcharé.

-¿Adónde?

-A cualquier otro lugar -dijo con una sonrisa falsa destinada a la gente reunida del otro lado de la ventana -, donde las condiciones de trabajo sean mejores.

-¿Acaso yo significo malas condiciones de trabajo?

-Estás jugando con fuego. Mira a Monsieur Sault. Está que arde. Quédate quieto y bebe. ¿Está bien?

-Sí -aceptó él por fin.

Y así siguieron una semana más hasta que él volvió a sentir el mismo estallido:

-¡Casémonos!

Ella retiró la mano que él le había tomado y gritó:

-¡No!

Y al ver que una pareja se detenía junto a la ventana, echó a reír.

-¿No me quieres aunque sea un poquito? -suplicó Andre.

-¿Por qué habría de hacerlo? Yo no te prometí nada.

-¡Casémonos!

-¡Monsieur Sault! ¡El cheque, por favor!

-Pero nunca hubo un cheque en todo esto.

-Esta noche, sí -dijo ella.

La noche siguiente, ya no estaba.

-¡Tú! -gritó Monsieur Sault- ¡Eres un traidor! Mira lo que has hecho.

Tras la ventana ya no había ninguna bella mujer. Era la última noche de primavera, la primera noche de verano.

-¡Has arruinado mi negocio! -clamó el anciano-. ¿Por qué no pudiste mantener el pico cerrado y dedicarte a comer tu paté o a beber una segunda botella y taparte la boca con el corcho?

-Dije la verdad, tal como la sentía. Estoy seguro de que volverá.

-¿No me digas? Lee esto.

Andre tomó la nota que el viejo le alcanzaba y leyó: "Adiós".

-Adiós. -De los ojos de Andre brotaron lágrimas.

-¿Adónde se marchó?

-Sólo Dios lo sabe. Nunca supimos su verdadero nombre ni dirección. ¡Ven!

Andre lo siguió por un laberinto de escaleras hasta la terraza. Allí, haciendo equilibrio como si estuviera a punto de lanzarse al vacío, Monsieur Sault le señaló la ciudad bajo la luz del crepúsculo.

-¿Qué ves?

-París. Miles de edificios.

-¿Y?

-¿Miles de restaurantes?

-¿Sabes cuántos hay desde aquí, cerca de la Torre Eiffel, hasta Notre-Dame? Veinte mil. Veinte mil escondites para nuestra querida anónima. ¿La encontrarás? Vete ya mismo a buscarla.

-¿Por los veinte mil restaurantes?

-Vuelve con ella y serás mi hijo y mi socio. Si vienes sin ella, te mataré. ¡Vete de una buena vez!

Andre huyó. Corrió hasta subir la colina que conducía al blanco esplendor del Sacré-Coeur y contempló las luces de París teñidas de los azules y dorados de un sol desvanecido.

-Veinte mil escondites -murmuró.

Y bajó para emprender la búsqueda.

En el Barrio Latino, al otro lado del Sena desde Notre Dame, se podía pasar junto a unos cuarenta restaurantes en una misma cuadra, veinte a cada lado, algunos con ventanas donde las mujeres bellas podían sentarse junto a la luz de una vela, algunos con mesas en la calle ocupada por gente que reía.

-No, no -murmuró Andre -. ¡Son demasiados!

Y giró por una callejuela que culminaba en el Boulevard St. Michele, donde las cervecerías, tabaquerías y restaurantes estaban inundadas de turistas, donde mujeres al mejor estilo Renoir exhalaban vino mientras bebían, arrojaban fragancias de comida mientras cenaban, haciendo caso omiso de este joven desconocido y hechizado que pasaba a su lado.

"Dios mío", pensó Andre. "¿Acaso tendré que recorrer una y otra vez París desde el Trocadero a Montmartre, de Montmartre a Montparnasse, para encontrar una única ventana de un único café donde la luz de una vela ponga al descubierto a una mujer tan bella que logra conjugar todos los goces y hacer florecer todos los apetitos, tanto culinarios como amorosos?

"Es una locura."

"¿Y si justo salteo esa única ventana, esa única luz, ese único rostro?"

"Es imposible. ¿Y si en mi confusión vuelvo a recorrer las mismas calles ya transitadas? Necesito un mapa. Así podré ir tachando lo que ya recorrí."

Así fue como cada noche, al atardecer, con las sombras violetas, púrpuras y magentas que inundaban las estrechas callecitas parisinas, partía con mapas brillantes que se apagaban al final de cada jornada. Una vez en el Boulevard de Grenelle le pidió al taxista que se detuviera y bajó, furioso. El taxi había ido demasiado rápido y un gran número de cafés habían pasado inadvertidos frente a él a toda velocidad.

Luego, embargado de desesperanza, dijo:

-¿Honfleur? ¿Deauville? ¿Lyon?

¿Y si no está en París y huyó a Cannes o Bordeaux, a sus miles de restaurantes? Dios

mío.

Esa noche se despertó a las tres de la mañana mientras su cabeza pasaba revista a una larga lista de nombres: Elizabeth,

Michelle, Arielle. ¿Cómo llamarla si llego a encontrarla? ¿Celia? ¿Helene? ¿Diana? ¿Beth?

Exhausto, volvió a quedarse dormido.

Y así las semanas se transformaron en meses y en el cuarto mes, se dijo frente al espejo:

-¡Basta ya! Si esta semana no encuentras el "teatro" en el que trabaja, quema los mapas. ¡Basta de nombres y de calles, basta de noches o madrugadas! ¿De acuerdo?

Su imagen se apartó en silencio.

Transcurridos ya noventa y siete días desde el inicio de su búsqueda, Andre recorría el Quai Voltaire cuando de pronto fue asaltado por una tormenta de emoción tan poderosa que todos sus huesos se sacudieron y su corazón latió vibrante. Unas voces que oía pero no escuchaba lo hicieron caminar vacilante hacia la intersección, donde quedó petrificado.

Al otro lado de la calle, bajo una parra de hojas temblorosas, se apiñaba un pequeño grupo de personas que miraban el menú con marco dorado y la ventana hacia el interior. Andre se acercó como en un trance hasta ubicarse detrás de la gente.

-No puedo creerlo -se dijo.

En la ventana iluminada por la luz de una vela, se hallaba sentada la mujer más hermosa que hubiese visto jamás. El gran amor de su vida. Y frente a ella se encontraba un joven sorprendentemente apuesto. Con las copas en alto, bebían champaña.

"¿Estoy adentro o afuera?", se preguntó Andre. "¿Soy yo el que está allí, como antes, enamorado? ¿O qué?

Sólo pudo tragar saliva y respirar hondo cuando, por un instante, la mirada de aquella joven bellísima se posó apenas sobre su rostro como una sombra... y por única vez. En cambio, le sonrió a su amigo, sentado en la mesa frente a ella. Aturdido, Andre encontró la puerta de entrada y caminó hasta acercarse a la pareja que hablaba y reía en voz baja.

Estaba más hermosa que en todas esas noches en las que había imaginado innumerables nombres: su recorrida por París le había coloreado las mejillas e iluminado sus increíbles ojos. Hasta su risa era más rica, con el paso del tiempo.

Afuera, al otro lado de la ventana del restaurante, un nuevo público presenciaba la escena cuando Andre dijo: -Disculpen.

La bella mujer y el hombre apuesto levantaron la mirada.

En los ojos de la muchacha no había ningún atisbo de recuerdo. Tampoco sus labios se abrieron en una sonrisa.

-¿Madame *et* Monsieur Shill? -atinó a preguntar Andre. Se tomaron de la mano y asintieron.

-¿Qué desea? -preguntaron ambos.

Y sorbieron la última gota de vino.